

LOS "PRELUDIOS" DE CLARIN: EL PRECIO DE LA RESTAURACION

Pasados unos años en que, por su pecado de liberalismo en grado venial, la Restauración de Cánovas cayó envuelta en la condena general pronunciada contra todos los regímenes políticos del siglo XIX, las aguas volvieron a su cauce y el régimen impuesto por el político andaluz al calor del pronunciamiento de Sagunto recuperó las bendiciones de los historiadores. De acuerdo con una interpretación que, hasta el momento, ha encontrado disconformes, pero no el planteamiento de esquemas alternativos, Cánovas supo operar una reconciliación nacional por encima de las discordias abiertas con La Gloriosa y culminadas con una breve República, que todavía hoy sigue siendo objeto de una presentación simplista, como arquetipo de caos. En la mejor biografía de Cánovas, Melchor Fernández Almagro resumía los contornos del mundo feliz que para España supuso el proyecto restaurador: «De todas suertes, los españoles no necesitaban conocer interioridades ni interpretaciones del pronunciamiento de Sagunto para congratularse de su resultado. España entera dio el 30 de diciembre de 1874 un enorme suspiro de satisfacción; es decir, la España que se sentía cansada de jugarse la vida y el destino patrio en barricadas y en trincheras. Pero también la otra España, numéricamente superior, la que nunca se mezcló en guerras civiles ni revoluciones, y que únicamente aspiraba a respirar un ambiente de paz y normal convivencia». «Al advenimiento de Alfonso XII —insiste más adelante Fernández Almagro—, las gentes se mostraban alegres como nunca lo estuvieran, sin que prorrumpiesen en vítores por mecánica rutina o 'expeditiva lisonja. Todos alegres por lo mismo que se sentían escarmentados, decepcionados...» (1). Y el propio Ortega y Gasset, en una de las críticas más brillantes de la Restauración, habló de ella como «paraíso canovista», en el que incluso jugueteaba un buen diablo, perfectamente amaestrado: el partido liberal de Práxedes Mateo Sagasta.

Sólo que los paraísos suelen precisar un ángel guardián y algunas expulsiones para que el orden sea mantenido en su interior; del mismo modo que la conversión de una nacionalidad en sujeto de «estados de ánimo», tales como escarmiento, decepción o deseo de tranquilidad, por no mencionar «el enorme suspiro de satisfacción» que de fuente desconocida recoge Fernández Almagro, corresponden de hecho al juego de valores seguridad y orden «versus» inseguridad y con-

(1) «Cánovas, su vida y su política». Segunda edición. Madrid, 1972. Ediciones Tebas.



Leopoldo Alas

flicto social para las clases dominantes.

En todo caso, hay que reconocer que la historiografía conservadora ha gozado en sus estimaciones sobre la Restauración de un inesperado bienestar, propiciado por la falta de imaginación de quienes pudieron aspirar a la forja de la imagen alternativa. Nadie se pregunta cómo las organizaciones obreras internacionalistas o los federales fueron suprimidos o reducidos a la ineficacia. Sobre las primeras, Clara E. Lida se reduce a citar su paso a la clandestinidad, y Josep Termes tampoco introduce mayores precisiones, al margen de concretar la situación de desmantelamiento de los sindicatos a partir de 1874 y las decisiones, como la de las comarcas de Cataluña, de pasar a la clandestinidad momentáneamente a causa de las persecuciones. Y tampoco Max Nettlau, preocupado en cambio por el sentido de la reacción ante el cambio político, relata nada sobre las «represalias» contra los internacionalistas, que, no obstante, le interesan en 1874. Y en cuanto a los republicanos, sólo se habla de sus escisiones y de la rápida adapta-

ción de Castelar por medio del posibilismo. ¿Cabría entonces aceptar la explicación de que al «realismo» de Cánovas supo aprovechar el cansancio de una sociedad puesta a prueba por seis años de crisis política y social permanente?

La llamada «crisis universitaria», con las medidas represivas del ministro Orovio, que acabaron, a corto plazo, con la expulsión y destierro de varios catedráticos y, poco tiempo después, con el nacimiento de la Institución Libre de Enseñanza, rompía un poco la imagen idílica. Pero podía ser la excepción. En su estudio sobre partidos y elecciones en España, entre 1869 y 1931, Miguel Martínez Cuadrado aporta nuevos datos, en particular sobre la persecución de la prensa democrática desde el día siguiente al pronunciamiento. «Una rigurosa e implacable defensa de la corona se instala al constituirse el Ministerio-Regencia. Las primeras autoridades nombradas tienen el encargo de reprimir cualquier actitud hostil al Gobierno y a la situación. La prensa política, entonces órgano fundamental de la opinión pública, se somete al régi-

men preventivo de censura y se suprimen todos los diarios enemigos, en su mayoría portavoces de los grupos políticos». Martínez Cuadrado enumera once periódicos prohibidos en Madrid por el gobernador, de los que dos, *La Igualdad* y *La Discusión*, lo fueron definitivamente el 29 de enero de 1875; medidas culminadas por una circular de 6 de febrero. El resto de España sufrió medidas similares, y la restricción de la libertad de prensa persistió hasta 1881. Evidentemente, el sentido de la unanimidad de que hablaba Fernández Almagro cobra sus verdaderos límites a la luz de lo anterior. Pero cabía apuntar que la intransigencia anterior fuera transmitida a otros órdenes de la vida social y política. El lúcido análisis de Martínez Cuadrado no va más allá: las elecciones «desde arriba», que protagoniza, en sentido estricto, Romero Robledo, son así un accidente de recorrido en la elaboración por Cánovas del «formidable edificio de la Restauración», producto de la «actividad ejemplar del hombre político». ¿Por qué entonces Cánovas, el 6 de noviembre de 1876, solicita de las primeras Cortes reunidas que los Gobiernos posteriores a enero de 1874 fueran exonerados de toda responsabilidad por los actos cometidos en los meses de su ejercicio? El propio articulado del proyecto de Ley habla de 749.563 pesetas concedidas en abril de 1875 para pagar el traslado de deportados a Filipinas y Marianas. Pero no da cifras para su período de Gobierno, que sin duda continuó la política de destierros iniciada en 1874 por Serrano, con tres mil doscientos «cambios de residencia», de ellos más de mil a Ultramar.

En esta penosa reconstrucción de uno de los rincones oscuros de la Historia española contemporánea, la reciente publicación de los «Preludios», de «Clarín», viene a arrojar una luz considerable. No se trata sólo de la habitual aportación que al publicarse unos escritos inéditos registra casi mecánicamente la historiografía de la literatura. Porque los «Preludios» corresponden a la etapa en que «Clarín», escritor demócrata, ofrece desde *El Solfeo* la única voz disonante en el forzado concierto canovista. Son, a un tiempo, un testimonio excepcional de la siempre olvidada opresión que introduce el régimen y, en sus limitaciones de expresión y en las sanciones sufridas, un indicador de la intolerancia de un Gobierno que, en este como en otros aspectos, apenas ofrece variantes sobre el patrón moderado. La disconformidad que, a trancas y barrancas, van a afirmar «Clarín» y *El Solfeo* no encuentra, por lo demás, un referente

exclusivamente político en el sistema recién implantado. Tiene a la vez una base más amplia, en el fracaso final del intento de renovación de 1868, con la vuelta al poder de todo aquello que pareció definitivamente arrumbado con La Gloriosa, y más concreta, personal, con la persecución del disidente, desterrado o privado arbitrariamente de su medio de vida. «Clarín» es ejemplo vivo de lo segundo, no «asignándosele la cátedra ganada en oposición. La disconformidad con Cánovas trae aparejada la persecución.

En su excelente presentación de los «Preludios», Jean-François Botrel precisa el sentido de la crítica del joven «Clarín»: «Y, sin embargo, en medio del silencio impuesto, un grito de protesta se levanta el 7 de marzo de 1875: el de *El Solfeo*, cuyo subtítulo —*Bromazo para músicos y danzantes*—, de apariencia anodina, pero profundamente táctico, no ocultará mucho tiempo las preocupaciones muy serias que le animan ni su índole de periódico de oposición al régimen. Es el grito de los que, venciendo su decepción y la amargura de su derrota, no se dan por vencidos y no piensan, a pesar de las severas leyes de prensa, entregar las armas. En este periódico, "nacido a raíz de la Restauración", suena el 11 de abril de 1875 el primer solo de "Clarín", que no tiene de solitario más que la ocasión periodística, porque, de hecho, es el grito colectivo, individualmente lanzado ("quien dice yo, dice otros muchos que andan por ahí", afirma) de esta parte de la sociedad española que no se ha conformado...» (2).

El humor y la cultura

En un sistema político intransigente ante la expresión doctrinal, como el canovista, el humor deviene el tipo de discurso privilegiado para la crítica, y «Clarín», en *El Solfeo*, utilizará esta arma casi única hasta acreditarse como virtuoso. «Estar en la oposición —escribe Botrel— significaba para "Clarín" luchar por todos los medios, aprovechando lo mejor posible todas las ocasiones para debilitar al enemigo, tomándolo todo como pretexto». El camino no era fácil. La filosofía ministerial, recogida en una circular de Romero Robledo a los fiscales de Imprenta, en 1877, ordenaba un estricto cumplimiento de las normas vigentes sobre prensa periódica, «a fin de que limitándose ésta a llenar su civilizadora misión no se convierta en fácil instrumento de bastardas pasiones para trastornar el orden público». Como consecuencia, *El Solfeo* vio suspendida su publicación cuatro veces en dos años, por un espacio de ciento dieciocho días, y por un mes, en 1876, tuvo clausurada la

(2) La edición de los «Preludios», a cargo de J. F. Botrel, ha sido publicada por el Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1972. En las páginas que siguen intentamos resumir algunos aspectos de su estudio preliminar.



Ilustración de «El Solfeo», 12 de junio de 1877, alusiva a la situación de la prensa.

ANTONIO ELORZA

de una mentalidad absolutista, con otras formas de expresión y *El Siglo Futuro* como portavoz, que clama contra la penetración de la filosofía moderna en España en nombre de una supuesta filosofía tradicional, defendida en términos de burdos argumentos *ad hominem*: «Hace algunos años sólo sabía que en Francia se había encarnado el demonio en un tal Arouet, Voltaire por mal nombre; también insultaba al "filósofo ginebrino", pero eso era todo. Hoy, merced a las notas con que amenizan sus rapsodias escolásticas **nuestros filósofos** tradicionalistas, sabe que los pillos más redomados fueron Kant, que, por negar, negaba a su madre; Fichte, inventor del yo satánico de Carramolino (3); Schelling, padre putativo de Krause y Hegel, que se creía que él era Dios» (...). El krausista «Clarín» no desaprovecha ocasión para desenmascarar a los escritores de *El Siglo Futuro*, en particular a don Gabino Tejado, y, en general, a todo lo que el vocabulario de la época encuentra bajo la calificación de «neo».

La hegemonía social adquirida por medio de ese movimiento en tijera del neocatolicismo, de formas y base social no coincidentes, pero de sentido en ambas ramas antiliberal, se corresponde con unas formas culturales en que, bajo el manto de la intransigencia, impera en todas partes (con la excepción del Ateneo) la más absoluta mediocridad. Algún «neo», como el mencionado don Gabino, colabora también con sus versos al pudriero que integran los epígonos de Campoamor, los folletinistas a la Fernández y González y Pérez Escrich, la prole de versificadores

Unas formas que, por supuesto, no son ideológicamente neutras. Su complemento es la reafirmación

de una mentalidad absolutista, con otras formas de expresión y *El Siglo Futuro* como portavoz, que clama contra la penetración de la filosofía moderna en España en nombre de una supuesta filosofía tradicional, defendida en términos de burdos argumentos *ad hominem*: «Hace algunos años sólo sabía que en Francia se había encarnado el demonio en un tal Arouet, Voltaire por mal nombre; también insultaba al "filósofo ginebrino", pero eso era todo. Hoy, merced a las notas con que amenizan sus rapsodias escolásticas **nuestros filósofos** tradicionalistas, sabe que los pillos más redomados fueron Kant, que, por negar, negaba a su madre; Fichte, inventor del yo satánico de Carramolino (3); Schelling, padre putativo de Krause y Hegel, que se creía que él era Dios» (...). El krausista «Clarín» no desaprovecha ocasión para desenmascarar a los escritores de *El Siglo Futuro*, en particular a don Gabino Tejado, y, en general, a todo lo que el vocabulario de la época encuentra bajo la calificación de «neo».

La hegemonía social adquirida por medio de ese movimiento en tijera del neocatolicismo, de formas y base social no coincidentes, pero de sentido en ambas ramas antiliberal, se corresponde con unas formas culturales en que, bajo el manto de la intransigencia, impera en todas partes (con la excepción del Ateneo) la más absoluta mediocridad. Algún «neo», como el mencionado don Gabino, colabora también con sus versos al pudriero que integran los epígonos de Campoamor, los folletinistas a la Fernández y González y Pérez Escrich, la prole de versificadores

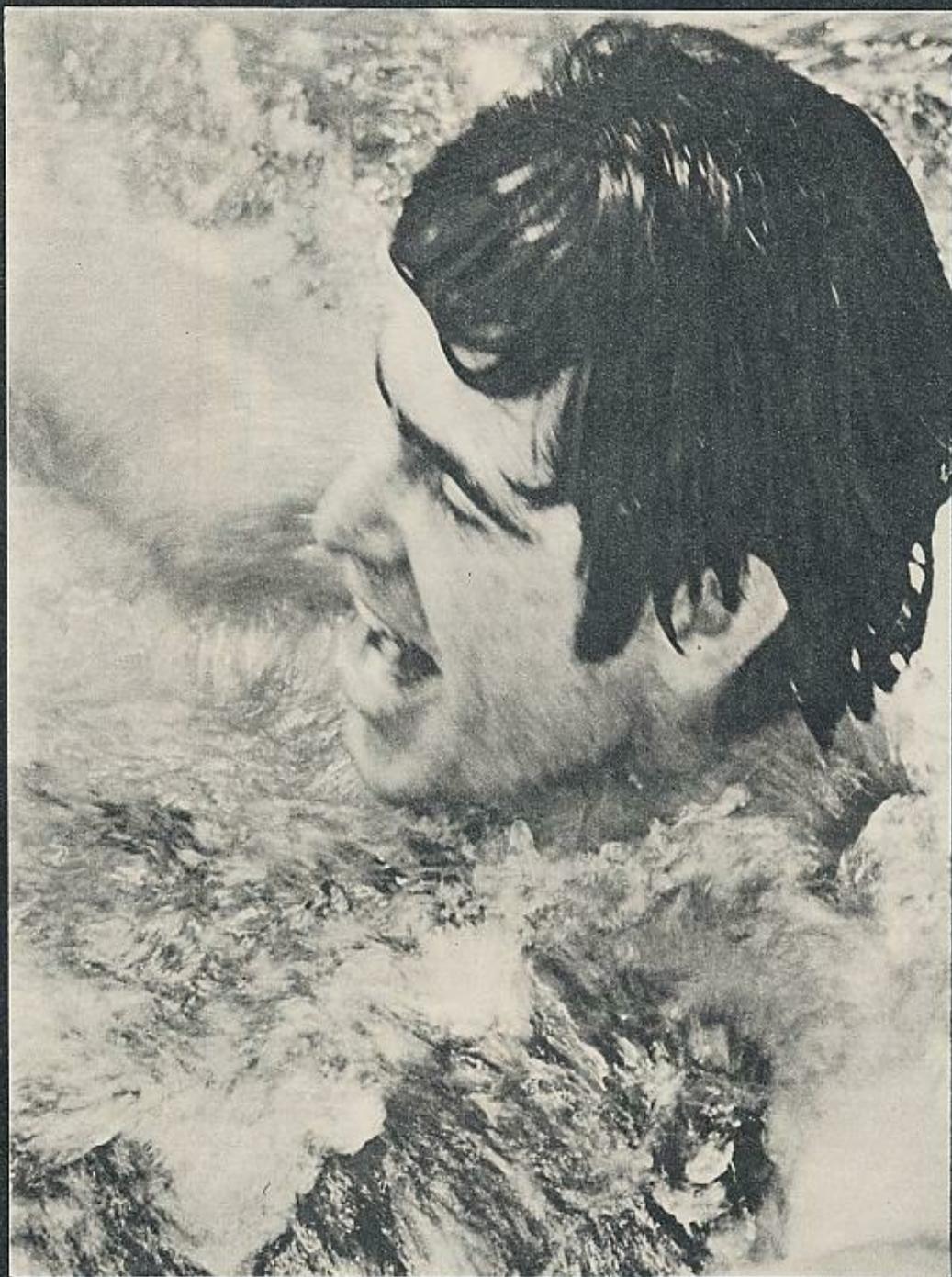
(3) Carramolino era el nombre de un escritor neocatólico, autor ya en 1839 de un proyecto de Ley de Imprenta restrictivo.

riposos y una crítica literaria conservadora como la de *La Epoca*, que en todo lo intrascendente encuentra algo salvable, llama «partida de la porra» a quien se atreva a censurar un mal poema, pero que no manifiesta la misma sensibilidad al tratar del ser humano, defendiendo a ultranza la aplicación de la pena de muerte. La sección de «Libros y libracos» en *El Solfeo* sirve a Leopoldo Alas de trampoline para manifestar su oposición frente a las formas culturales dominantes.

Y, al mismo tiempo, para ensalzar a la minoría que defiende el cambio o mantiene la fidelidad a los ideales democráticos. De ahí las menciones elogiosas a José del Perojo, el fundador de la *Revista Contemporánea*, a Pi y Margall, a Pérez Galdós, a los krausistas. No sin que también reaccione contra las novedades mal asimiladas, como es, a su juicio, el positivismo de Manuel de la Revilla. Pero la verdadera contradicción se manifiesta contra la política cultural del Gobierno de Cánovas, que en sus medidas sobre la enseñanza trata de ahogar los posibles inconvenientes que tales minorías pudieran acarrearle. En un «palique» de 1879, «Clarín» ofrece una conversación figurada entre Bismarck y Cánovas, donde éste expone sus ideas sobre la educación y la cultura: «De esto no me hable usted. Es cosa de tan poca monta, que se la he dejado a Toreno. El hace mangas y capirotes con las ternas, destituye y suspende profesores a su antojo, crea canonjías en las Universidades para sus amigos (...). Además, nadie está libre de malas pasiones: yo, como del oficio, tengo mala voluntad a los sabios que saben más que yo: los he dejado despedir. ¿Para qué sirven los sabios que no saben ser presidentes del Consejo y alma de una situación?». Para pocas líneas después comentar duramente una circular del propio ministro Toreno: «Al ministro le parece el mejor medio de desfacer sus entuertos apretar las clavijas a los estudiantes y convertir a los profesores en reclutas». No estaba lejos la pérdida de sus cátedras por el grupo krausista y la no atribución de una cátedra obtenida en oposiciones por el mismo Leopoldo Alas.

El «estado de Cánovas»

En «Clarín» puede hablarse de una auténtica fijación-Cánovas, que culmina en su folleto *Cánovas y su tiempo*, de 1887. La Restauración se define a través de su artifice: es la «situación Cánovas», el «estado de Cánovas», hasta el punto de considerarla una especie de divinidad personificada «que se hizo dictador y habita entre nosotros». Es el símbolo del fin de la democracia política y de la instauración de la intransigencia y la mediocridad: «es monótona la vida política y pesada como la mano de Cánovas», dirá en una ocasión. Para exclamar, con un humorismo lleno de desesperanza: «Yo recuerdo que de chico me pintaban el cielo como una mansión de fall-



**Floïd masaje,
el frescor excitante**



un masaje de floïd elimina la fatiga, y conserva su cutis sano y terso, incluso si ha sido castigado duramente por el sol, el salitre del mar o por el ajamiento del tiempo

Floïd

punto final del afeitado

ALCANTARA S.p.A.

CLARIN:

VIDA Y HECHOS DEL NEO.

idad, pero donde todos se estaban callados, como unos muertos. ¿Querrán ustedes creerlo? Pues el cielo me parecía insoportable. Hoy, venturoso de mí, estoy gozando un cielo anticipado. Si quiero vivir en paz, no tengo más que callarme como un muerto».

La restricción de la libertad de prensa, la declaración de partidos ilegales, la persecución individual de antiguos demócratas y federales y la manipulación de unas elecciones cuyo único sujeto fue Romero Robledo cierran un universo político, en el que aun un demócrata no demasiado exaltado como «Clarín» apenas puede respirar. Y eso que su federalismo consta, ante todo, de respeto a Pi y Margall y deseo de descentralización, condenando el cantonalismo, y su concepto de democracia no va más allá de la igualdad ante la ley. Pero la rigidez del sistema hace inevitable la intransigencia hacia pseudodemócratas, como los posibilistas de Castelar, que al aceptar el juego del sistema encubren la persecución que en todos los órdenes aqueja a sus antiguos correligionarios. Es la tradición, que «Clarín» describe en una de sus mejores colaboraciones de La Unión, con el título de «Una adhesión». El protagonista, Juan Lanas, encarna la tradición del posibilismo, cómodamente aceptado por las autoridades como prueba de la virtualidad de una democracia de orden, fiel a un Gobierno que no le otorga otras bazas que las de la simple afirmación pública. «Mire usted, a un amigo mío, es decir, amigo ya no lo es desde que me he adherido al manifiesto (de Castelar); en fin, a un diablo de demócrata de por aquí, le han cogido y le han llevado de su pueblo a Gijón; allí tenía que presentarse cada pocas horas a no se qué autoridad militar, y se presentaba, sí señor, pero no importa, parece ser que le molestaba poco esta incomodidad, y como el caso es que la pena duela, por que si no, no es pena, ¿qué hizo el Gobierno?, coger a mi demócrata y trasladarlo a no se qué población de la provincia de Palencia. Una vez en Palencia el insurgente, el Gobierno ha creído oportuno llevárselo... a Gijón de nuevo, y después le llevarán otra vez a Palencia, y de allí a Gijón, y así. ¿Que por qué se le lleva y se le trae como si fuera una mercancía sin salida? Pues es por eso, porque es demócrata de los malos, de los que no se adhieren ni se dejan cortar las uñas. Yo me lo dejo cortar todo». El discurso «conservador-hegeliano» de Castelar se hermana, no sin cierto aire grotesco, con la reacción pura y simple ejercida por Cánovas. Y es que en el nuevo sistema, el posibilismo tendrá un papel como el liberalismo de Sagasta, a pesar de su aparente acción opositora, o la propia religiosidad utilizada por conservadores como Cánovas o Bravo Murillo, con un criterio poco

evangélico, pero bastante funcional en cuanto instrumento ideológico de control y subordinación social. «El poder de España — escribe «Clarín» en 1878 — está entregado a la Iglesia para todo lo que se refiere a religión, ciencia y educación».

Pero el núcleo de las relaciones de dominación es de carácter político. Leopoldo Alas insiste en ello hasta la saciedad, logrando incluso una de las mejores descripciones del sistema en una poesía satírica que, con el título de «La aldea-el cacique», publica en El Solfeo, en

agosto de 1876. El cacique encarna, a nivel local, la misma función de ejecutor de un poder absoluto, que el gobernante a escala nacional, desde una doble posición de preeminencia política y económica: «En el gesto y en la ropa / se echa de ver al tirano, / es el solo ciudadano / que usa sombrero de copa» o «él engendra diputados / distribuye estanquillos». Y, una vez más, Cánovas aparece como elemento legitimador de una tiranía, que en medios rurales se ejerce en su nombre y siguiendo sus pautas:

«Es adusto, tiene ceño,
no hay nadie que le replique;
yo defino así al cacique:
un Cánovas en pequeño».

Los «Preludios» de Leopoldo Alas, recopilados ahora en la edición ejemplar de Botrel, tienen, pues, el valor de una negación. Vienen a invalidar una imagen histórica arraigada, la del paraíso de la Restauración canovista, y recuerdan al lector, en excelente prosa, el valor en toda sociedad de la actitud crítica. ■ A. E.



En el «trato» que veía,
al símbolo se refiere.



Apenas empieza a andar,
luces ya sabe apagar.



Nadie ha y prelado,
va de S. Anton leñito.



Por las calles, muy ufano,
bosa a los curas la mano.



Va agitando la dactilina
a la casilla vecina.



Por el mas o vapores
en la escuela es castigado.



Quieto y rezando el rosario,
se dirige al Seminario.



El grado fue en serio
y a todo se hizo adueto.



Cuando cubren una doblada
es ya por la mala de ella.



Isaías con gusto la pena
de arrastrar larga cadena.



Es, con fervor su laral,
termina los hospital.



Indica de un mal padeciente,
al disciplina al momento.



Reparte castilanas,
por escasez de las curas.



Lee un gran libro que
el dueño «La Const» cobra.



Le proponen por esposa
una mujer trujana.



Los días espere, conatos,
visitas los momentos.



Del siglo los adelantos
le curan muchos quebrantos.



Le ofrece la impiedad
de esta malhabida edad.



A un matrimonio civil
trata de casarla vil.



Antes de meterse en cama
la Virgen le reclama.



Cumpliendo su voto, lleva
ya otro a la Bueta-nueva.



Con su esposa hasta de fama,
y enferma, tan mal lo toma.



Ata los brazos en la cama
cuando a su confesor llama.



Juendo el himno de Kirgo
rapora y mata luego.

La imagen del «neo», blanco principal de las críticas de «Clarín», según unas aleyunas de la época.